

Maldita y suicida melancolía

El autor de «Melancolía y suicidios literarios. De Aristóteles a Alejandra Pizarnik» y crítico literario de LA RAZÓN, da las claves de la relación de estos dos asuntos, que tanta tinta ha hecho correr

Toni Montesinos



Fácilmente se podría escribir una historia de las letras universales según cómo éstas han abordado lo suicida-melancólico. Tal es la frecuencia de esa relación que ha dado pie a una infinita literatura. Con dicha idea nació el reto de buscar las puertas que comunican la reflexión y creación literaria sobre el hecho de darse muerte, con las decisiones finales de los autores que llevaron su idea a término, y la manera en que, en sus propias vidas, eso se convirtió en negro sobre blanco o en una experiencia real. Pero todo ello desde una óptica concreta: desde la melancolía, que tan difícil es de definir: enfermedad del alma, dolencia psicológica, estado de ánimo, mera pose... De cien maneras se ha tratado de expresar lo que ya estudió Aristóteles en su trascendente escrito «Problema XXX o el hombre de genio y la melancolía». Ese reto se acaba de ver materializado en «Melancolía y suicidios literarios. De Aristóteles a Alejandra Pizarnik» (editorial Fórcola), que ya está en las librerías.

Primavera y verano

Ya a finales del siglo XIX, el sociólogo francés Émile Durkheim, autor del aún inexcusable manual «El suicidio. Estudio de sociología», catalogó el autohomicidio a partir de montones de estadísticas que le llevaron a diversas conclusiones, alguna tan curiosa —ahora nos atañe— como el hecho de que «no es en invierno ni en otoño cuando el suicidio alcanza su máximum, sino en la bella estación, cuando la naturaleza es más risueña y la temperatura más dulce. El hombre deja con preferencia la vida en el momento en que le resulta más fácil». La mayor vida social característica de las estaciones primaverales o estivales daría un contraste con el dolor interior que empujaría a salir de la vida; más cuando a ello añadimos que, según los psicólogos, los escritores son de diez a veinte veces más propensos que otras perso-

nas a sufrir adicción al alcohol y enfermedades depresivas que, a menudo, pueden provocar un gesto letal contra sí mismos.

Uno de los países que más casos ve al año de suicidios, Francia, es pionero en investigaciones al respecto, y cabe decir que incluso la suicidiología es una ciencia reconocida por la Academia de Medicina gala desde 1985. Michel de Montaigne, en uno de sus «Ensayos» (1580), dijo: «El que aprende a morir, aprende a no servir. El saber morir nos libera de toda atadura y coacción. No existe mal alguno en la vida para aquel que ha comprendido que no es un mal la pérdida de la vida». Una idea recogida de los sabios grecolatinos, que proporcionaron mil y una disquisiciones sobre ello, relacionando muy pronto suicidio y melancolía. En el texto aristotélico citado, hasta se precisa la vinculación entre el talento artístico y lo melancólico, todavía hoy vigente, envuelta en las teorías médicas de la época. Según Hipócrates (siglo V a.C.), el cuerpo humano contenía sangre, flema y bilis amarilla y negra, y en función

de estos «humores», el hombre podía estar sano o enfermo. Así, la enfermedad melancolía vendría dada por el ennegrecimiento de la bilis o cuando los humores sufrían una distribución incorrecta.

Durante buena parte de nuestra era, el suicidio será considerado un crimen contra uno mismo, castigado sin piedad desde la Iglesia y el Estado, y la melancolía se interpretará como un acceso demente. Los autores del imprescindible volumen «Saturno y la melancolía», R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, hablan del término con el sinónimo de «tristeza sin causa»: «Ha venido a significar un estado mental temporal, un sentimiento de depresión independiente de cualesquiera circunstancias patológicas o fisiológicas». Ese melancólico se hará un hueco en la misma socie-

dad de la que no quiere formar parte, porque lo apartan y se aparta. Se pone la semente para que aflore una mirada más libre y antropocéntrica; los siglos XV, XVI y XVII ven un considerable aumento de casos de suicidios, lo cual es acompañado de la publicación de unos veinte tratados sobre el

«SEGÚN LOS PSICÓLOGOS, el escritor es de diez a veinte veces más propenso a sufrir una adicción y depresión»



PROHIBIDOS EL VENADO Y EL VINO

En 1586, Timothy Bright, médico del hospital londinense de St. Bartholomew, publica «Un tratado de melancolía» —libro del que al parecer Shakespeare fue un atento lector— con el propósito de explicar, cristianamente, «cómo el cuerpo y los fenómenos corporales afectan al alma, y cómo, recíprocamente, esta afecta al cuerpo» y recomendar medicamentos y paliativos para aquellas personas «poseedoras de un corazón triste». Bright, que elige con propiedad el recurso literario de dirigirse a un «amigo melancólico, M.», quien supuestamente le ha escrito presa de la tristeza para pedirle consejo y ayuda, pone un especial énfasis en la alimentación, que incide en los diferentes humores (la sangre, la flema, la melancolía y la bilis amarilla); somos lo que comemos, diría un dietista actual, así que ciertos alimentos, como el buey, el carnero, la cabra, la carne de jabalí y el venado, pero también la leche y sus derivados, y entre las bebidas, la cerveza y el vino joven, predisponen a la melancolía, aunque todo lo que ingerimos tenga en última instancia un componente, siquiera mínimo, melancólico.

El detalle

WERTHER EL INSPIRADOR

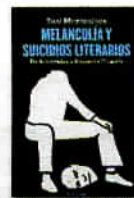
El primer suicida ficticio de la sensibilidad moderna, el suicida por el que muchos alemanes se convirtieron en suicidas, el suicida más influyente de la literatura contemporánea es sin duda el protagonista enamorado de «Las desventuras del joven Werther» (1774). En un período en el que la literatura alemana aún arrastraba el racionalismo del Siglo de las Luces, Goethe popularizó el género novelístico y, sin pretenderlo, hizo del suicidio una moda, un recurso fácil para los desesperados: «El propio Goethe, para su desdicha, hubo de sacar de las aguas del Ilm, riachuelo que bordea Weimar, el cadáver de una joven que la corriente había arrastrado hasta su residencia. Un amor desgraciado había sido el causante y un ejemplar del "Werther" apareció en el lugar de los hechos», apunta el traductor Manuel José González. De hecho, algunos estudiosos creen que Goethe, al escribir este relato de acento autobiográfico, exorcizó sus impulsos suicidas, salvando su vida.

asunto, sobre todo en Inglaterra, tierra dada especialmente a los suicidas melancólicos, como dejó dicho Leandro Fernández de Moratín a partir de un viaje en 1793: «Conviene todos en que el suicidio es muy común en Inglaterra: las circunstancias exaltan el temperamento melancólico de esta gente, y a fuerza de raciocinar, concluyen que es necesario matarse».

Es el caldo de cultivo para lo que cuajará en los próximos decenios: el melancólico romántico, ensimismado, que sólo ve posible el fin de su «taedium vitae» mediante una soga, un cuchillo, un disparo. El mundo en sí es melancólico; como interpretará en la primera mitad del siglo XIX Chateaubriand, prototipo de aquel que vive ese dolor dulce, esa dicha triste: «Ingenioso en forjarme sufrimientos», «miseria de mi suerte futura», apunta en sus memorias. Un par de frases que describen el ánimo del creador depresivo, que en su condición de poeta, narrador, dramaturgo, tiene las herramientas para verbalizar lo que es imposible explicar. El doctor Juan Antonio Vallejo-Nájera describirá el cuadro estándar que muestra el enfermo: «El espectro típico del deprimido es el de una persona aquirilada por la tragedia, menos cuando logra por un rato componer la figura». Y añadirá: «La mímica es de tristeza, con

llantos frecuentes e incontrolables. Gestos abatidos, brazos caídos, la mirada de angustia o perdida en el vacío. Ante las palabras de ánimo o una broma afectuosa puede animarse brevemente, para descender de nuevo a su desolación a los pocos minutos».

El siguiente y trágico paso tras esa estampa emocional será la funesta iniciativa de salir del mundo voluntariamente: lo experimentará el bohemio parisino que mezcla pobreza, decepciones amorosas y drogas, el apenado fugitivo de las dos grandes guerras del siglo XX, el desequilibrado que se siente en un callejón con una única salida, la creación literaria que lo libera, por momentos, de su incertidumbre. Hay mil ejemplos de cada tipo, y en la centuria pasada, una legión de hombres y mujeres con la causa de su tristeza y la consecuencia de su salto al vacío, de un vaso de veneno, de una sumersión en un río. La gigantesca soledad ante el pasado negro es el principal alimento del melancólico, incapaz de asumir antiguas tristezas, viejas nostalgias de un tiempo huidizo que le impiden encontrarse a sí mismo en el presente y le desesperanzan el futuro. Pero, ni aun así, será posible hallar las verdaderas e íntimas razones del suicida, pues como dijo Primo Levi al respecto del filósofo Jean Améry—ambos supervivientes de Auschwitz y suicidas tardíos—, «todo suicidio permite una nebulosa de explicaciones».



«MELANCOLÍA Y SUICIDIOS LITERARIOS»

Toni Montesinos
FORCOLA EDICIONES
192 páginas,
18,50 euros